

EL REY TRAS EL CRISTAL OSCURO

EL REY TRAS EL CRISTAL OSCURO

PABLO FELDER

Primera edición, 2014

© Pablo Felder, 2014

© Triskel Ediciones, 2014

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
ALL RIGHTS RESERVED

ISBN: 978-84-941453-5-3



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB
41009, Sevilla, España
Triskelediciones@triskelediciones.es
www.triskelediciones.es

Diseño portada: José Antonio García Domínguez

EDITADO EN ESPAÑA
PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

A Carlos.
A Carmen.
A Clara.

PRIMERA PARTE
ANTES DEL PROTOCOLO DE DECISIÓN
INEVITABLE

*“When the men on the chessboard
Get up and tell you where to go”*

White Rabbit–Jefferson Airplane

Inciso

Las nubes se encendieron en la noche como candiles que albergaran velas nerviosas, pero no por sus hijos los rayos, sino gracias a las llamas de los fuegos que ardían por toda la ciudad. Nubes blancas que, en su mutismo, comulgaron con el desgarró general del alma humana y no descargaron lluvia sobre las piras de piedra y madera. Nubes que pasaban, observando, y desaparecían para ver miles de otros fuegos crepitando en las ciudades del mundo.

Las llamas revoloteaban alrededor de los sillares, trepando por las cornisas, las columnas y los arbotantes, enredándose en los arquitrabes y en los capiteles retorcidos, envolviendo las figuras, oscureciéndolas hasta que perdían sus rasgos suaves y sus miradas templadas. Parecían, las llamas, buscar un lugar donde poder agarrarse, donde tomar un impulso para seguir avanzando hacia el cielo. Parecía, en definitiva, que las llamas buscaban alcanzar aquellas nubes que no mostraban piedad por los edificios devorados.

El fuego crecía. Las catedrales crujían, como si se lamentaran de aquella enfermedad que devoraba sus entrañas, como si lanzaran un grito suave y continuo de dolor por los cimientos que se consumían bajo las brasas. Las llamas alcanzaban las campanas de las torres, las lamían probando aquella textura diferente, preguntándose cómo atacarlas. El fuego se hacia con todo, sin piedad.

Las catedrales ardían y los ojos miraban atentos. Toda una congregación de antiguos fieles, ahora descreídos y agnósticos observando aquel espectáculo de fuego y decadencia. Ni una sola lágrima en aquellos ojos, los mentones apretados, miradas carentes de pasión porque ya no quedaban fuerzas detrás de ellas. Manos en los bolsillos. Silencio.

Nadie hablaba con quien se encontraba a su lado, nadie gritaba de terror, nadie solicitaba ayuda. Instantes después aquel silencio del crepitar de las catedrales se quebraba por una sirena. Un grupo de bomberos llegaba sin demasiada prisa a la plaza. Observaron a los lejos y solicitaron espacio para avanzar entre la multitud. La gente los miraba con ojos grises, ojos que se resistían a culparlos de su deber a pesar de todo. Los bomberos sintieron aquellas miradas y al final sus miradas y las de los demás bomberos se cruzaron y se convirtieron en una sola mirada que finalmente se dirigió a la catedral. Y entonces aquellos ojos de los bomberos fueron como los de los demás. Y dejaron las mangueras y los cascos en el suelo, se metieron las manos en los bolsillos y observaron el crepitar de las catedrales.

Un grupo de niños se agitaba, en la periferia de la plaza, subido a un contenedor de residuos de papel y cartón. Los contenedores estaban vacíos porque alguien había usado el material de su interior para acrecentar las llamas. Eran cuatro chicos y dos chicas, y sus ojos miraban a la catedral y la catedral les mostraba cómo el fuego puede acabar con todo si se lo propone. Uno, el más joven, llevaba un collar con una cruz de plata entre los dedos. Los apretaba tanto, que un poco de sangre había conseguido llegar a la superficie de la piel hasta correr por la pequeña cruz y gotear sobre el contenedor. Cuando pareció que aquello era eterno, uno de los amigos le puso la mano en el hombro. Uno a uno bajaron del contenedor y se marcharon, mientras la gente se movía para dejarles paso sin apartar la vista del edificio. Cuando el joven giró por la esquina de una calle estrecha y desapareció, el collar con la cruz ya no estaba en su mano, sino navegando sin rumbo por las turbias aguas de las cloacas que surcaban los bajos de la plaza principal. Aquella cruz navegó durante días y finalmente llegó al mar, junto a restos de heces, animales muertos y desperdicios.

Y fue allí, en el mar, junto a la basura de los hombres, donde las cruces de plata, las cuentas, las túnicas y los velos se acumularon, donde todo eso

desembocó y perduró hasta el fin de los días. Porque, cuando algo no hacía falta, las personas se deshacían de ello. Y no había más que decir.

Fin del inciso

Deja la cámara sobre la mesa de la cocina, estira sus extremidades hasta oír como la estructura de su propio cuerpo cruje y se resiente, luego tose con fuerza. Hace meses o quizás años desde la última vez que habló durante tanto tiempo, y ahora siente los labios secos, además de una leve irritación en la garganta que, sin embargo, no le molesta en absoluto. Durante algo más de una hora ha estado recorriendo las entrañas de la Horizon, con la cámara sostenida a la altura del pecho y explicando todo lo que se le pasaba por la cabeza en cada una de las estancias. No se había preparado ninguna clase de guión y lo cierto es que no hay tanto que comentar, así que ha decidido explayarse narrando anécdotas, la mayoría de ellas falsas, y detallando los aspectos técnicos de las máquinas que funcionan en cada lugar.

Por supuesto, ha omitido mucho. Hay pequeñas historias reales, sucedidas en el interior de la nave, que es conveniente no relatar en aquel vídeo. Sabe que aquello afectará directamente a la moral del público potencial, y lo más prudente es hacer algo entretenido y saludable. Nadie lleva a sus visitas al sótano de la casa, lleno de polvo y ratas. También hay muchos otros aspectos técnicos que son aburridos, difíciles de resumir o que él mismo desconoce en toda su complejidad.

Ha recorrido con inusitada lentitud las nueve estancias que componen la particular residencia en la que habita desde hace más de cuatro años y nueve meses, incluyendo el inmenso y oscuro corredor de ciento cincuenta y nueve metros que une la sala de control con el resto de la nave, donde ha evitado

grabar la pequeña mancha de óxido de una de las tuberías que recorre el techo de aquella zona, avería sin importancia que siempre se promete arreglar la siguiente mañana, a más tardar. En esa zona se ha divertido explicando cómo, en el segundo mes de viaje, subió dos colchones de una de las bodegas de carga y convirtió aquel pasillo enorme en una suerte de pista de atletismo improvisada, donde realizaba carreras contra sí mismo y salto de longitud. Aquella estupidez le había servido para mantenerse en forma durante un buena parte de ese primer año. Superar su mejor marca, comprobar hasta dónde podían llegar sus límites dadas las circunstancias, le había impulsado a usar los tres apartados de gimnasia que la OMIE había instalado para él en la bodega de carga número dos. Al cabo de unos meses finalmente comprobó que no había mucho más que superar, que sus marcas eran prácticamente similares cada vez, y el interés por todo aquello finalmente desapareció. Los aparatos de gimnasia cayeron en un olvido tenue, del que solo los rescataba de tanto en tanto, cuando oía sus huesos crujir demasiado o sentía los músculos flácidos y suaves.

En la cocina había explicado toda la cuestión de las sopas y el café. Se guardó de mencionar cómo su torpeza le hizo consumir todo lo susceptible de ser masticado durante los primeros doce meses de operación, y que, a raíz de eso, las sopas se habían constituido en su única variante alimenticia con sabor a *algo*. Se había llevado un buen rato sosteniendo la cámara frente a la única ventana de la nave, dejando que el objetivo capturara y almacenara la oscuridad moteada del espacio mientras recitaba de memoria lo que aún recordaba de velocidades, distancias y recorrido de la misión. Estaba seguro de que editarían esa parte y no incluirían el sonido, si es que alguna vez llegaban a publicar todo aquello para la televisión.

En un intento entre artístico y malvadamente irónico de transmitir emociones y expresiones mudas a su particular película, grabó durante cuatro minutos y cincuenta y dos segundos la mesa y sus cuatro sillas sin pronunciar comentario alguno, solo con su tenue respiración de fondo, como acentuadas

pisadas de un hipotético segundero que avanzara arrastrándose. La imagen deslizándose de una silla a otra, y a otra, y una vuelta más.

Seguro que en algún momento captan el mensaje.

Que se jodan.

No había gastado demasiado tiempo en mostrar el almacén del fondo de la cocina, ni su propio cuarto y el baño, que por algún estúpido motivo encontraba demasiado íntimo e innecesario de exponer en una grabación destinada al gran público. En realidad todo era igualmente íntimo allí dentro, todo le pertenecía, era su espacio, no había necesidad de temer incursiones u observadores anónimos, o de respetar estancias comunes a otros. Aun así, solo utilizó un par de minutos para mostrar aquella zona de la Horizon y continuó avanzando a través del pasillo.

Por supuesto, había sido en la sala fría donde se había extendido con más amplitud. Sabía que aquello era lo que interesaba realmente a la gente de allá abajo. En las bodegas de carga había intentado elaborar algún plano espectacular, encaramándose sobre algunas cajas hasta alcanzar una visión global de la amplitud de los almacenes. No estaba muy seguro de haberlo logrado, pero esperaba que los de la OMIE lo supieran apreciar.

Decide prepararse un café caliente, aunque nunca lo hace a esa hora, porque entonces suele tener problemas para dormir, y él intenta estar despierto el menor tiempo posible. Pero sabe que en ese momento su garganta merece el cálido roce del reconocimiento, además de amortiguar un carraspeo que cada vez se hace más intenso.

Se pasa la mano por el largo cabello, que impide el paso a los dedos invasores interponiendo remolinos de pelo enredados con fuerza. No tiene ni idea de cuándo fue la última vez que ha usado el peine. No le hace falta mirarse en el único espejo que posee la Horizon para saber que varias canas más deben haber aparecido en esos últimos meses. Un día, tras una entre tantas derrotas,

escribió en el panel de conversación que, con respecto a su pelo, tenía la sensación de que en aquella particular partida de ajedrez las blancas estaban ganando por mucho a las negras y la ofensiva parecía multiplicarse exponencialmente cada día. NOVA había respondido que era incapaz de entender la lógica de aquella frase.

Al menos, de momento, no ha notado una pérdida de cabello especialmente preocupante. Es algo que había atemorizado al hombre cuando era tan solo un chaval, a raíz de una mañana lluviosa en la que, investigando entre los trastos viejos que sus padres habían ordenado de cualquier manera en el desván de la casa de campo, encontró fotos de la juventud de ambos, de los años en que aún eran novios y las arrugas solo unas huellas que aún no habían profundizado, y pudo comprobar cómo su padre había sido, ya desde muy joven, un consumado perdedor de cabello. Luego Dominic le había explicado aquella teoría de los guisantes para terminar concluyendo que no debía preocuparse de la herencia genética de su padre, ya que, por estadística, era de su abuelo materno de quien más probabilidades tenía de heredar la caída capilar. Él no había conocido a su abuelo, pero sabía que a su muerte, con algo más de cuarenta años, lucía una esplendorosa cabellera castaña ausente de entradas que le había hecho suspirar de tranquilidad. De momento, la teoría de los guisantes había funcionado.

Durante un buen rato simplemente camina de arriba a abajo, recorriendo los ciento cincuenta y nueve metros del cuello de la nave, escuchando el habitual estruendo de sus botas chocando con la rejilla de acero, pasando a ratos los dedos por la cubierta metálica y fría que recorre las paredes de la Horizon, placas ensambladas entre sí por enormes tornillos que no han requerido ser ocultados por cuestión estética, y que sobresalen anunciándose como los principales peligros de un tropiezo accidental. Más de una vez había tenido algún susto en su época de atletismo espacial, e incluso uno de aquellos enormes pernos aún poseía una finísima mancha de sangre que el hombre había

decidido no limpiar. A fin de cuentas, aquel fue su mejor salto.

Decide finalmente bajar a la bodega de carga número dos, donde se acuclilla frente a la bicicleta estática y examina el entramado que rodea al pedal derecho, cuya cubierta de plástico se había despegado cuando algo en el sistema comenzó a dar problemas. Aquello le recordaba a su adolescencia, esos momentos, a media mañana, en los que le entraba hambre y abría a escondidas el frigorífico de la casa para descubrir que allí no había nada con capacidad de ser ingerido al instante y, sin embargo, media hora después y con el estómago rugiendo, volvía para observar de nuevo el interior de la nevera como si esperase que algo fuese a aparecer, algo que hubiese pasado por alto en su primera y concienzuda exploración.

Aquello es exactamente lo mismo. Ha revisado cada recoveco, probado a cambiar cosas de sitio, pero nada hace funcionar al entramado de ruedas y cintas. El fallo que hace que la bicicleta estática no funcione se escapa a su entendimiento pero, aun así, él se pasa cada cierto número de días a revisar la misma zona de la máquina y a comprobar, de nuevo, que es incapaz de repararla.

Tras un suspiro que dura demasiado, sube pesadamente la escalera de la bodega, recorre el cuello de la Horizon y se deja caer en el enorme asiento acolchado de la sala de control. Escribe un par de números en el panel de comandos y un tablero de ajedrez aparece en la pantalla. Durante unos instantes siente que aquel suspiro lanzado en la segunda bodega de carga aún dura y se apaga, lentamente, cuando responde al movimiento de NOVA con el desarrollo de la defensa siciliana. Esta vez va a intentar la variante del dragón, aunque en el fondo, sabe cómo acabará todo. La reina blanca, siempre la maldita reina blanca.

Desde hace dos horas, en la pantalla de NOVA, una frase parpadea a

intervalos demasiado lentos. *Partida terminada*. Cuando el hombre vuelve de aquel ensimismamiento que parece haber durado toda una vida, se descubre susurrando de nuevo la maldita canción. Es curioso, porque realmente no sabría decir si las notas que tararea son las propias del riff melódico que su padre oía constantemente en el viejo tocadiscos, o solo una simple evolución en su mente hasta lo que él *recuerda* de aquellas notas y que, de manera inevitable, pueden ser algo completamente distinto. Porque, si lo piensa tan solo un segundo, es consciente de que lleva casi cinco años sin escuchar aquella canción, que solo existe en su cabeza como un eco deformado. Si alguna vez, entre todos aquellos miles de días que se interponen entre ese preciso instante y el momento en que las notas salidas del tocadiscos llegaron por última vez a sus oídos, cambió un poco el tono, una nota mal recordada, el puente previo al estribillo quizás comenzado antes de tiempo. Todo aquello habría permanecido de manera fija, con el error como parte del contenido y, quizás, lo que ahora tararea no es más que una simple invención, un avatar de la realidad pero que no pertenece a ella del mismo modo que el objeto que representa, porque solo existe en su cabeza. ¡Qué coño!, se dice sacudiéndose aquel pensamiento, en aquella situación todo existe en su cabeza ya.

Algo parecido le ocurre con su familia, los amigos, los viejos compañeros. Solo posee un total de seis fotos de todas aquellas personas. Cuando comenzó los preparativos del viaje, y aún se maldice entre dientes intentando buscar una respuesta lógica a aquel comportamiento sin encontrarla, decidió que las fotos que lo acompañarían no serían especialmente relevantes. A última hora, apenas dedicó unos segundos en seleccionar unas cuantas de las que permanecían enmarcadas en el salón de su casa y se las guardó en el bolsillo trasero del pantalón. Seis malditas fotos para un viaje de treinta años.

Una de ellas permanece sujeta al panel de control central a través de un adhesivo de doble cara que ha comenzado a oscurecer con la suciedad. Son sus padres, su hermana y el hijo de ésta. Cuatro caras que ha visto diariamente sola

y exclusivamente en la imagen que le muestra la foto y que ya no es capaz de recordar de otra manera. Lo intenta, a veces cierra los ojos con fuerza y se concentra hasta que nota como las venas comienzan a palpar, como si los glóbulos rojos de su sangre hubieran comenzado una marcha militar con botas de hierro que golpearan con fuerza la superficie de las venas que transitan por su cabeza. Busca en sus recuerdos, pero todos parecen falsos. En cualquier instante de su vida, en su infancia, en su fiesta de licenciatura, el día de la despedida, en cada uno de aquellos momentos fundamentales de su pasado, las caras que recuerda son las de la imagen. Es incapaz de alcanzar en su memoria a sus padres con menos canas, a su hermana vistiendo trajes de princesa, al pequeño antes de que comenzara a andar. Siempre son aquellos rostros sonrientes. Por supuesto conoce las situaciones. Es capaz de evocar el momento en que su padre abrió la puerta de su cuarto sin llamar, cosa que nunca hacía, para sentarse junto a él en su cama y decirle con absoluta entereza y preocupación que el abuelo, su propio padre, había fallecido aquella mañana en un accidente de coche. Lo recuerda, claro, pero el rostro de su padre mientras menciona aquellas palabras es el mismo de la foto: sonríe, mostrando sus maravillosos dientes blancos, una estructura de líneas y rectas perfecta. Aquellas imágenes que cuelgan en distintos puntos de la nave desde hace cuatro años y nueve meses han sustituido los rostros de sus familiares y de sus amigos por caricaturas grotescas, imágenes idealizadas, representaciones básicas y bidimensionales de vivencias que, ahora, parecen carecer de cualquier sentimiento ligado a ellas.

El hombre observa la pantalla, completamente negra, con un pequeño cuadro verde parpadeando en la parte superior izquierda. Luego se inspecciona las uñas y lanza un bufido de sopor. ¿Cuánto lleva así? Pueden ser perfectamente las últimas dos o tres horas: observando la pantalla y repasando los contornos de sus impolutas uñas.

Hay tres botones bajo el cuadrado negro. Uno azul, otro verde y un último rojo. Jamás ha pulsado ninguno de ellos.

Sin ser consciente de ello empieza a jugar con un hilo que, días atrás, comenzó a desprenderse del cuello de su traje azul. La Horizon ofrece una amplia gama de vestimenta, con un total de cuatro trajes, cada uno de un color. Según las indicaciones de la etapa de adiestramiento específico, todos son útiles para el cumplimiento de una labor concreta. Se podría decir que esa afirmación es correcta en tres de los cuatro casos. El mono amarillo es el traje de frío, no indispensable pero sí útil para no congelarse las pelotas cuando hay que descender a la sala de criogenizados, aunque él prácticamente nunca lo utiliza. Se rasca la oreja mientras un pensamiento aparece fugazmente por su cabeza: ¿desde cuándo no baja allí dentro? NOVA se encarga de todas las especificaciones y las tareas programadas, pero tiene la sensación de que cada vez son más extensos los periodos entre una orden de revisar los tanques y la siguiente. Se recuerda que debe bajar a leer.

Luego está el traje gris, que no puede provocar dudas ante la mirada profana del desconocedor de aquel mundo: es un equipo hermético para la actividad extravehicular que, en palabras del general que le instruyó, *no se prevé sea necesaria*. El hombre traga la saliva que a borbotones comienza a segregar siempre que piensa en aquella posibilidad. No está ni remotamente preparado para la reparación ni siquiera de la mitad de las posibles averías que pueden producirse en el interior y, sobre todo, el exterior de la nave. Conoce los protocolos, posee los vídeos sobre cómo proceder y, en la práctica, todas las posibles eventualidades han sido contempladas. En el entrenamiento él ha debido resolver todas aquellas incidencias tras el proceso de preparación y adiestramiento específicos, y cada una de ellas las pudo afrontar con solvencia. Ya ha vestido el traje gris y siempre ha salido airoso. Pero, *realmente*, él no está preparado para aquella situación. Ahora le gustaría tener en frente a aquel joven de gafas azules y pelo engominado y concienzudamente peinado hacia

atrás, que no es otro que él mismo pero más joven y más idiota, para preguntarle si, aunque fuera remotamente, podía recordar todos los aspectos de la materia por la cual tuvo que examinarse en el, por ejemplo, tercer examen de su segundo año de carrera. No, estúpido ignorante, no hablo de aquello que vomitaste en el examen, aprendido de memoria y luego olvidado para dejar espacio a los próximos datos que tendrías que usar, hablo de *cada uno* de aquellos procesos, *cada uno* de aquellos aspectos únicos. Ahora ya lo sabe: si una avería se produce en el exterior de la nave, mirar vídeos de formación no va a resolver el problema.

Borra rápidamente el traje gris de su cabeza. Todos los miedos que sobrevuelan el interior de la Horizon proceden de la posibilidad de tener que usarlo. No sabe si, una vez que deba enfundárselo, será capaz de salir de él con vida.

Luego está el divertido juego del traje azul y el mono rojo. Son exactamente iguales, mismos bolsillos, mismas costuras, mismas líneas negras surcando el perfil de las piernas y los brazos, mismas rodilleras negras ligeras y mismos cuellos duros que le provocan escozor constante bajo el mentón. Él suele usar siempre el primero, aunque no existe un motivo para aquella elección, más allá de la costumbre. No entiende qué función diferenciadora hay entre uno y otro. Si hubiera que buscar una particularidad concreta, algo que los diferenciase a uno del otro de manera inexorable, dejando a un lado el detalle cromático, solo podría decirse que el traje azul sirve para suplir al mono rojo, y el mono rojo es útil cuando el traje azul está en la lavadora de la bodega de carga número dos.

Tiene lógica.

-Vamos, NOVA -dice con una voz carente de fuerza-, ¿es que te vas a llevar toda la mañana sin decir nada?

Es una pregunta lanzada al desierto espacial porque nadie la puede oír, solo el ordenador, que no parece tener demasiado interés en sus palabras.

Además, aquella pregunta carece de sentido. La máquina siempre muestra el panel de funciones a las doce en punto de cada mañana en el horario del meridiano de Greenwich. No es que todos los días haya una tarea por realizar. La mayoría de las notificaciones de Greenwich, como él mismo comenzó a llamar a aquellos instantes que se producen puntualmente a diario, no portan consigo ninguna orden de carácter práctico. La información de NOVA se basa casi siempre en la recomendación de revisar un capítulo en concreto del manual para alguno de los aspectos técnicos del manejo de la nave, el mantenimiento de los tanques de criogenización o, en alguna ocasión, vídeo-capítulos con consejos, sugerencias y juegos para hacer más llevadera la soledad. Obviamente, ninguno de los científicos que han elaborado aquellos vídeos ha pasado demasiados días solo. A veces siente curiosidad por saber en qué demonios se han basado para realizar los *vídeos de entretenimiento*. El hombre duda seriamente que alguien se haya ofrecido voluntario a pasar la mitad de su vida en aislamiento, solo para comprobar si el ajedrez contra una máquina es definitivamente más entretenido que un juego de rol en tres dimensiones. Por supuesto, parece poco probable que aquellos que han sufrido aislamientos, siempre en condiciones excepcionales, hayan podido gozar de ese tipo de *entretenimiento*.

Aun así, agradece el esfuerzo. Sin ellos, su cuello estaría actualmente rodeado de algún cable de alimentación suspendido en la viga del pasillo central de la nave, dejando la misión a merced de manos menos expertas.

El hombre se despereza lentamente. Lleva tanto tiempo ahí sentado que sus huesos parecen haber olvidado cualquier otra posición. Durante unos segundos permanece de pie, observando la cabina de mandos, una escueta sala ovalada con capacidad para su sillón y poco más. Paneles con cientos de botones e indicadores que nunca cambian, pequeñas palancas de activación que nunca usa, pantallas cuyos datos siempre parecen ser los mismos. Se acerca a uno de ellos. El botón central de este panel, de color azul, es el único que

presenta algún signo de desgaste. El color ha ido perdiendo intensidad en el centro del círculo, dejando entrever la verdadera piel del botón, plástico blanco.

Durante un par de minutos simplemente observa aquel círculo, como si esperase que, al pulsarlo, algo diferente a las anteriores cien veces, fuera a suceder.

Al activarlo, el sonido crispado invade la sala. Aunque él no lo pueda sentir, aquellos violines, flanqueados por un violonchelo y el sonido suave de la viola, han comenzado a surcar el aire viciado de toda la nave. Y así, *Der Tod und das Mädchen* de Schubert comienza a volar, ahora suavemente, a través del pasillo central, adentrándose en su habitación, invadiendo súbitamente las dos bodegas de carga y la sala fría, rodeando, a ratos con ligereza, a ratos de manera impulsiva, casi frenética, las ocho cápsulas de criogenización, intentando doblegar el caparazón de metal y cristal que encierra a aquellas personas, como si cada nota de la viola que ahora suena fuera un espermatozoide buscando el lado débil en su objetivo. El hombre supone imposible que las cápsulas herméticas permitan que al menos un leve resquicio del sonido del exterior llegue a oídos de los ocupantes. Y, en caso de que esa posibilidad fuera real, es aún menos probable que aquellos cuerpos sean capaces de percibir, aunque sea de manera inconsciente, aquellas notas que consiguen arribar a sus oídos. A todos los efectos, todo está parado en el interior de esas ocho personas. El corazón no bombea, la sangre no recorre aquellas venas heladas, el cerebro no manda órdenes a ningún lado. No es un estado de calma chicha parecido al coma o al sueño. Esos cuerpos han dejado de funcionar, como una ciudad sobre la que hubiese caído una helada mortal y repentina, y todos sus habitantes se hubiesen quedado congelados en aquel gesto que realizaban en el momento de la llegada del frío mortal. Los glóbulos rojos, los pulmones, el corazón, todo se ha parado en un gesto a medio realizar, a la espera de que, quince años después, él apriete un botón y continúen con el siguiente paso.

Sabe que todo aquello conlleva riesgos. Antes de ser ilegalizada, la

recuperación criogénica comenzó a experimentarse, primero con animales, luego con personas voluntarias. Por aquel entonces todavía lo llamaban *biocriopreservación*, y ya hacía años que había dejado de utilizarse nitrógeno líquido para la suspensión criogénica tras la muerte. El porcentaje de *recuperación*, en un estado semejante al previo en cuanto a envejecimiento o desarrollo físico, era prácticamente del cien por cien. Todo aquel que moría bajo las capas de hielo de la criogenia retornaba a la vida cuando se estimaba oportuno y volvía a caminar tras la muerte. La duración no era un problema, el proceso podía alargarse durante minutos o siglos, siempre que hubiera la supervisión y el mantenimiento adecuado. Sin embargo, el porcentaje de éxito no fue total y, en un número muy bajo de casos, la nanotecnología encargada de la recuperación falló, los miembros vitales de algunos cuerpos resultaron dañados con el enfriamiento y jamás pudieron ser recuperados. Dos personas murieron en aquellos primeros ensayos. Uno de ellos fue un joven estudiante de robótica que se prestó voluntario. En un reportaje de la cadena APC, había visto la entrevista a la madre del chico, que entre sollozos intentaba explicar cómo su hijo le hablaba de ser importante, un pionero o alguna estupidez de ese tipo. Vivir una experiencia tan extraordinaria y ser uno de los primeros en toda la humanidad en poder hacerlo. Ahora sabe que todo eso no vale nada, pero entonces no podía evitar tener la sensación de entender perfectamente a aquel chaval incauto. Él había sentido la misma necesidad, la misma búsqueda yerma por ser el primero en un mundo donde parecía que todo había sido realizado y repetido mil veces. La otra persona era una chica de diecinueve años, una desempleada más dentro de aquel sistema económico en el que encontrar trabajo era, cada vez más, una tarea más complicada para los jóvenes.

Los científicos del proyecto apretaron los dientes e intentaron explicarlo, argumentando que aquellos trágicos sucesos eran los riesgos intrínsecos y asumibles para tamaño avance tecnológico. Se encogieron de hombros y se excusaron mostrando los contratos que ambos habían firmado antes de entrar

en el experimento, y afirmaron que ellos conocían los riesgos, como los conoce un astronauta que se embarca en una misión a cientos de miles de kilómetros de distancia, o aquellos marineros desposeídos de riquezas y de gloria, que tantos siglos atrás habían buscado reconocimiento y futuro en barcos que navegaban el oeste. Ellos descubrieron mundos y fueron recompensados con algo que era indeleble: hacer Historia. No escribirla, sino protagonizarla. Los científicos se mesaron el cabello y explicaron que aquel era el precio natural por dar el nuevo gran paso para la Humanidad. ¿Dónde estaba la heroicidad, la característica única de ese tipo de hazañas, si no en el riesgo intrínseco que acompañaba tales actos? Aquellos dos jóvenes eran héroes, ni más ni menos, decían finalmente intentado esbozar una sonrisa serena.

Pero el experimento ya había sido herido de muerte. Los grupos contrarios al uso de la criogenia enarbolaron estas dos muertes como iconos físicos, emblemas y escudos de su campaña. Especialmente la chica fallecida aunaba muchos de los argumentos que se lanzaban contra la criogenia. Un planeta poblado hasta la extenuación por la raza humana, incapaz de producir los recursos necesarios para la sobredimensión demográfica, que avanzaba de manera devastadora en un movimiento de expansión que devoraba todo lo que encontraba a su paso. La nueva posición en el orden mundial de China, un gigante que no paraba de crecer económicamente, había llevado a la derogación de la ley de un solo hijo. Ese fue el último golpe devastador, ya que el país asiático se convirtió en un devorador insaciable, convirtiéndose en el líder de una serie de países que siempre necesitaban consumir más y más. Pero no solo allí, todo el planeta sintió el peso de millones de nuevos pies y nuevas bocas pidiendo ser alimentadas. Ahora, las calles de las grandes ciudades eran mareas de personas, muchas de ellas desempleadas, almas perdidas en un sistema que carecía de la voluntad para ofrecer un lugar en el mundo para cada uno de ellos. Hacía mucho que no quedaban casillas vacías en aquel juego de ajedrez.

La criogenia, argumentaban, no era ni más ni menos que apuntalar con

una última piedra la tumba en la que la Humanidad estaba comenzando a enterrarse. Morir era, simplemente, *necesario* en la alarmante situación actual. Si las personas dejaban de fallecer para pasar a un estado de pausa, pudiendo ser reincorporados a la sociedad en el momento que se deseara, eso solo incidiría más en el problema. Cuando las primeras voces sugirieron, casi en un susurro, que el servicio solo se ofreciera a aquellos que pudieran pagar un coste muy elevado, haciendo de la criogenia, ya desde el inicio, un producto solo para la clase que ocupaba la diminuta punta que la riqueza y el poder había reservado para ellos dentro de aquella pirámide de base enorme, el rostro de la chica que había muerto en el experimento comenzó a ocupar carteles en las calles, portadas en los medios e incluso camisetas en manifestaciones. Ella había sido una joven sin recursos que había buscado algo de dinero dentro de un sistema viciado, cuyos culpables eran, en gran medida, los ocupantes de aquel vértice superior de la pirámide. Su muerte no podía significar solo eso, la promesa de una vida eterna al servicio de la clase de poderosos que poseía toda la riqueza que al mundo le faltaba.

La identificación final de la criogenia como un producto de lujo para aquellos que se mantenían a resguardo, en sus mansiones, de la ponzoña que comenzaba a crecer en las calles de todas las ciudades del mundo, fue demasiada presión para los Estados que habían financiado el desarrollo del experimento. Cada nuevo país que se unía a la prohibición por ley del uso de la criogenia en seres humanos vertía una fuerte presión social en aquellos que aún se mantenían callados, hasta que no quedó un lugar en la Tierra donde la biocriogenización fuera legal. Una a una, fueron aprobándose leyes que impedían el uso de la criogenia, *fuese cual fuese el caso*. Se hizo especial hincapié en este punto, que conllevó un segundo debate que, en todo caso, ya estaba perdido.

Una joven madre norteamericana apareció en un programa de televisión. El hombre recuerda haberlo visto en el telediario vespertino y también recuerda

que a partir de entonces todo el mundo habló sobre ello, continuamente. Si entraba en un bar, podía escuchar su nombre decenas de veces en las distintas conversaciones que se mezclaban entre humo y cristales chocando entre si. En los descansos en los que salía a tomar el aire al patio, no había día en que no le abordaran inquiriendo su opinión al respecto.

La mujer había alcanzado cierta notoriedad a raíz de una carta que había mandado al presidente de los Estados Unidos y que, semanas después, se había filtrado a varios medios de comunicación que ávidos de un nuevo debate, la habían publicado íntegramente. En la misiva, la mujer pedía una excepción a la ley, un punto donde se recogiesen posibles casos especiales donde la criogenia podía servir para mitigar un dolor que debía superar a la frialdad de los datos demográficos. Más tarde, en la misma carta, pasaba a detallar la enfermedad de su hijo, un chaval de nueve años que sufría de esclerosis múltiple degenerativa, y adjuntaba varios recortes de periódicos de los últimos meses donde se detallaba la evolución constante de un laboratorio farmacéutico de Helsinki en la lucha contra dicha enfermedad. Ya habían conseguido el importante paso de ralentizar el proceso degenerativo de la enfermedad y afirmaban que en los próximos años sería posible hallar la cura definitiva.

La madre lo dejó claro: su hijo no poseía ese margen. Los médicos habían sido bastante concisos. El pequeño podría aguantar varios meses, quizás un año, antes de que los órganos vitales comenzasen a fallar. En el momento en que el colapso fuera general, no había opciones de mantenerlo con vida el tiempo suficiente. Obviamente, y esto era el origen del debate que tanto agitó los cigarros y tanta espuma derramó sobre la barra de los bares en los pequeños debates diarios, la criogenia suponía un nuevo elemento en la ecuación, algo que podía resolver el problema. Al fin y al cabo, dentro de pocos años esa enfermedad dejaría de ser mortal, así que ¿qué había de malo en usar ese avance científico para salvar la vida de un pequeño que había tenido la mala suerte de contraer aquella enfermedad en aquellos días y no algunos años más

tarde? ¿Con qué razón habían muerto esos dos jóvenes en aquellos experimentos? ¿No quedarían de algún modo aquellas vidas dadas a cambio de la mejora del proceso, compensadas al poderse salvar la de otros? El chaval solo necesitaba ser criogenizado el tiempo necesario para hallar la cura. Ni un segundo más.

El debate estaba servido, y nadie era tan insensible como para no posicionarse.

La madre comenzó a mostrar a su hijo ante las cámaras prácticamente cada día. Todo un país, el planeta entero, fue testigo de la lenta muerte de un chico de nueve años a manos de su enfermedad. Encender la televisión, leer los periódicos o escuchar la radio se había convertido en un acto similar al de sentarse junto a la cama de hospital en la que el chaval yacía postrado. Ocho meses después de la carta enviada por la madre, el joven falleció. Quedaban tres días para que cumplierse los diez años. El presidente de los Estados Unidos convocó una rueda de prensa exclusivamente para enviar sus más sentidas condolencias a la familia. Durante los siguientes días, se sucedieron las manifestaciones, cada una siempre con menos fuerza que la anterior. Nuevos rostros de niños enfermos reemplazaron a la del chico fallecido pero, realmente, ya todos eran conscientes de que la muerte del chaval había supuesto el cierre definitivo del debate. Meses después, nadie reclamaba el cambio de la ley, y la criogenia cayó en el olvido.

El hombre tuerce el gesto al recordar aquellos días. De eso hace ya muchos años.

De pronto, como si su cerebro poseyera un pozo de oscuridad del que, de tanto en tanto, algo vuelve a la vida, una escena de su pasado aparece en su mente. Algo que no había recordado en los años que llevaba en la nave. Un elemento nuevo allí dentro, un pensamiento por exprimir.

Durante unos segundos echa la cabeza hacia atrás, apoya la espalda en la única placa metálica que no posee controles, y paladea aquella sensación. Un

recuerdo *nuevo*. Saborea aquellas palabras que ni tan siquiera salen de su boca. En los últimos meses, su cabeza solo ha funcionado como un repaso de historias por las que ya ha caminado cientos de veces. No solo va olvidando cosas. Eso es algo normal, le sucede a todo el mundo a medida que el avance de la vida pone distancia entre el momento en que las escenas tuvieron lugar y el instante actual. El problema es que él es incapaz de incorporar nuevos recuerdos a su cabeza. Simplemente, su memoria va poco a poco despoblándose, cada árbol que cae, cada instante perdido en la memoria, no puede ser sustituido por otro, porque el hombre es incapaz de recordar nada de los últimos cuatro años y ocho meses.

Su vida durante ese tiempo ha sido una continua repetición, un deambular por los mismos trescientos ochenta y tres metros cuadrados, la mayoría de ellos divididos entre ambas bodegas de carga, con las mismas paredes, los mismos botones, la misma comida y sin nadie con quien hablar. Es simple: no hay absolutamente nada que recordar de todo ese tiempo. Si se esfuerza, puede alcanzar en su memoria el día en que se golpeó la cabeza consiguiendo su mejor salto. Ese fue un instante especial, una variante que hizo que tuviera que realizar un acto novedoso. Se golpeó la cabeza al caer y tuvo que remendarse la herida. Sí, eso fue especial. Aquella historia con el intruso también, pero prefiere no pensar mucho en ello.

También tiene retazos en su memoria del momento en que fue capaz, por primera vez, de vencer a NOVA en el ajedrez, en el nivel medio. Recuerda que abrió una de las seis botellas de vino que poseía en la bodega número dos y se emborrachó para celebrarlo. Eso fue divertido. Durante horas cantó cada canción de cuya letra aún pudiera acordarse, gritando tan fuerte como alcanzaron sus cuerdas vocales. Se dio cuenta, sumido en la embriaguez de aquel momento, de que nunca había podido gritar con fuerza, porque en la ciudad, hacerlo habría sido como ponerse un cartel de *pirado* sobre el pecho. Nadie podía gritar en la sociedad como era debido, destensando el cuerpo y

permaneciendo relajado como él lo estaba tras aquellas canciones, y fue entonces cuando descubrió, por primera y casi única vez, una ventaja de la Horizon sobre la Tierra.

No hay más. Con el tiempo ha aprendido que gran parte de los recuerdos se mantienen porque otros los recuerdan por ti, o bien al compartirlos en una conversación con otras personas. Si solo se almacenan, sin poner palabras reales a las imágenes, llega un día en que al pretender evocarlos ya no estás seguro de cómo eran. Acaban perdiéndose, o convirtiéndose en otra cosa. Una imagen mental inventada que sustituye a la realidad. La historia era así, ¿cierto? Entonces reproduzcámosla de ese modo. Da igual que el cielo ya no sea gris y hayan desaparecido la mitad de los edificios, o si las palabras no eran exactamente las mismas.

Solo puede repasar aquellas escenas que ya conoce demasiado bien pero sin embargo, ahora, sin que medie ningún motivo aparente, un nuevo recuerdo se ha abierto paso hasta él. Un recuerdo sobre toda aquella historia. Una conversación con su hermana, en un café del centro. Llevaban semanas sin verse.

En aquella escena hace frío y él no entiende por qué demonios ella decide sentarse en la terraza. Un viento incomodo revolotea su pelo castaño, aquellos rizos espectaculares ondeando como una bandera deshilachada. Mira al hombre con severidad.

-Por supuesto -dice-. Tú y todos. Si aquel niño sale en la televisión andando con un bastón y con la saliva cayendo por la comisura del labio al hablar, todos nos planteamos el cambio. Pero esa no es la cuestión, hermano.

-¿Cuál es la cuestión, entonces?

-A ver. Imaginemos que se aprueba la reforma de la ley. Imaginemos que *tú* eres el encargado de elaborar los términos y requisitos para poder beneficiarte de la excepción. Y no es una suposición al azar, porque no conozco a nadie con la suficiente capacidad moral para poder tomar esa decisión, así que

podría ser cualquiera. ¿Hasta qué edad considerarías que se puede acceder a la criogenia? Porque, si lo vas a hacer de manera seria, hay que regular todo esto.

-No lo había pensado. Quizás hasta los quince...

-¿Por qué? ¿Por qué quince?

-No lo sé, hermana. Si es una excepción diseñada para ese tipo de casos, quizás esa edad sea un punto límite...

-Entonces, una chica de dieciséis años con alguna enfermedad degenerativa, evidentemente no podría acceder.

-Supongo. Claro.

-Lo que yo creo es que, llegado el caso, la madre de la niña de dieciséis años montaría manifestaciones enfrente de la puerta de tu casa. Empapelaría tu puerta con el rostro de la chica en la fiesta de su decimosexto cumpleaños y te preguntaría la diferencia entre un niño de quince y su hija. No sabrías qué responder, porque no hay respuesta posible, porque a una madre no podrías explicarle que su hija tiene que morir por una cuestión tan absurda y aleatoria como es la de su fecha de nacimiento. Te pediría una excepción a la excepción y, al final, el descontrol sería imposible de evitar.

-La gente tendría que asumir la regulación. Lo importante es que se salvarían las vidas de muchos niños.

Lo recuerda. Perfectamente. Ella se había echado el pelo hacia atrás con un gesto de incomodidad despechada y le había mirado con ojos llenos de furia.

-¿Y es que acaso ser niño te eleva al grado de epifanía? ¿Merece un chaval, que potencialmente puede ser un genio o un asesino en serie, o un idiota vulgar y corriente, vivir por encima de un adulto que ya actúa y es, objetivamente, un individuo de valor y beneficioso para el común de la sociedad? ¿Qué coño se supone que tiene ser niño, para hacerlos tan especial, joder?

La imagen está ahí. Fija. Es como si ya lo supiera.

Como si ya lo supiera.

-Y no voy a usar la demagogia dándote ejemplos vacuos y vacíos ¿Acaso yo, una de las mejores cirujanas del país, no merecería la misma atención a tenor de mis actos? No hablo de algo tan circunstancial como es tener doce o quince años, hablo de una carrera labrada a conciencia, de los méritos obtenidos, de la clara ventaja que es tenerme a mí alrededor para ayudar a los demás. Si tuvieras que irte a una maldita isla desierta, ¿preferirías tener a tu lado a un biólogo experto o a un maldito boy scout? Si alguien merece la supervivencia, son las personas que han hecho méritos para ello.

Como si ya lo supiera. Pero era imposible. Él había estado junto a ella, agarrando su mano, el día en que el médico le dio la noticia. Eso fue varios meses después. Pero, demonios, suena como si ya lo supiera, en ese preciso instante.

-No -había bufado finalmente-, si se hiciera una excepción, nadie tendría la suficiente autoridad moral para decidir los términos. Nadie.

Y luego había bebido su té de un largo sorbo y había mirado a la calle, dejando esta vez que el pelo revolotease frente a su rostro, permitiéndole jugar en sus mejillas, enredarse frente a sus ojos. Parecía estar mirando algo mucho más profundo que todo aquello que tenía frente a sí. Durante unos segundos permaneció dentro de si misma y el hombre la dejó hundirse en aquel pozo interior. El viento parecía dispuesto a llevarse aquellos instantes de silencio, robarlos con el repiquetear de las persianas contra las ventanas, el suave murmullo de la hojarasca del otoño, esas almas perdidas que aún vagaban como si buscaran otra primavera a la que agarrarse, la tela del gran parasol que cubría sus cabezas inflándose a cada instante. El silencio no era solo silencio cuando lo compartía con su hermana. Finalmente, ella había vuelto a aquel instante, sentada en la mesa junto a su hermano menor, y le había preguntado si prefería sentarse dentro. Y ya nunca volvieron a hablar del tema.

El hombre recrea una y otra vez las imágenes de aquella conversación en su cabeza. Realmente, disfruta de ellas, de la capacidad de ofrecer algo nuevo.

Se acerca al control de mandos y cierra los ojos. Busca el rostro de su hermana, sus distintas expresiones, su incomodidad, su pelo como queriendo huir con el viento, aquella mueca de desagravio. No hay ninguna sonrisa, pero no importa. Lo graba todo en su cabeza y con los ojos aún cerrados, palpa la superficie del tablero de control hasta dar con la foto en la que aparecen sus padres, su hermana, y su sobrino. La arranca del tablero y le da la vuelta.

De nuevo, después de tanto tiempo, sonrío.

Finalmente se levanta para dirigirse a la sala de comunicaciones. Quiere revisar y editar un par de tomas de lo que ha grabado antes de mandarlo a la OMIE. Su propio documental de la Misión Arnarson.